

«No es posible que en todas las tareas un varón sea experto» (vv. 670-671): la alta moral de *Iliada* 23

«Still, no man can be good at everything» (vv. 670-671): the high morality of *Iliad* 23

Elbia Haydée Difabio

Universidad Nacional de Cuyo – Universidad Católica de Cuyo (Argentina)

elbiad@ffyl.uncu.edu.ar

ehdifabio@gmail.com

<http://orcid.org/0000-0003-2695-2299>

Fecha de recepción: 13-1-25

Fecha de aceptación: 30-6-25

Resumen

Friedrich Schiller afirmaba que «si uno hubiera vivido solo para leer el vigésimo tercer canto de la *Iliada*, no podría quejarse de haber sido». Tales fueron sus palabras citadas en la *Vida de Schiller*¹: ¿qué lleva al poeta alemán a tal convencimiento, con la exageración propia del romanticismo? Desde el punto de vista temático, en Ψ descuelga la ὄρετή homérica, excelencia concebida como dominio completo de sí mismo sobre sí mismo. Es un canto de ἄνδρες, de hijosdalgo, de *gentlemen*. Ἀνήρ es más que varón, es «hombre de veras», «todo un hombre».

Se suma a la excelencia o mérito el recuerdo del entrañable amigo fallecido, la gallardía de los contendientes en los juegos, una interesante gama de rasgos

1 Caroline von Wolzogen (comp.), 1845, p. 335, disponible en: <https://archive.org/details/schillerslebenv02krgoog/page/n383/mode/2up>.

psicológicos acordes con diversas edades y personalidades, la originalidad en la resolución de los conflictos, la rapidez de la acción, los contrastes vida-muerte, victoria-derrota, ancianidad-juventud, habilidad-torpeza, alegría-dolor... Con intención ético-estética de ellos nos hace partícipes el Poeta. Cada héroe posee una determinada aptitud, la pone en ejercicio ante otros que reconocen la justeza con que la ejerce y lo manifiestan en el elogio. Podríamos decir, aprovechando el término griego, que en esta rapsodia se presentan las ἀριστεῖαι de Diomedes, Epeo, Odiseo, Polipetes, Meriones y Agamenón y, por qué no, a su manera, la de Ájax Telamonio.

Segundo canto por su extensión, los 897 versos dan tiempo suficiente para que se verifique la alta moral del canto, en el que se hermanan dos partes, ambas inspiradas en la figura de Patroclo: las honras al escudero y las nueve competencias funerarias en su honor. De ahí que, en el desfile de héroes-deudos y héroes-atletas son enseñanzas significativas, entre tantas otras, la observancia a las obligaciones para con el muerto y el ideal de superación, ser *primus inter pares*.

El lector actual se siente complacido –tanto como el auditorio de los tiempos remotos– gracias a la vocación artística de auténtico magisterio, gracias, en definitiva, al carácter sapiencial de la épica.

Nuestro itinerario metodológico consiste, entonces, en la revisión y traducción personal de la fuente primaria original, selección de ejemplos παιδευτικοί significativos y la reflexión sobre su alcance en nuestra época.

Palabras clave: *Ilíada*, canto 23, *paideia* homérica

Abstract

Friedrich Schiller stated that «if one had lived only to read the twenty-third song of the *Iliad*, one could not complain of having been». Such were his words quoted in *Schiller's Life* compiled by Caroline von Wolzogen (p. 335). What does the German poet lead us to believe, with the typical romantic exaggeration? From the thematic point of view, in Ψ the Homeric ἀρετή stands out, excellence conceived as complete mastery of oneself over oneself. It is a song of ἄνδρες, of *hijosdalgo*, of gentlemen. Ἀρήπ is more than a man, he is «a real man», «a complete man».

Added to the excellence or merit, it is the deceased dear friend's remembrance, the competitors' gallantry in the games, an interesting range

of psychological traits dependant on various ages and personalities, the originality in the resolution of conflicts, the speed of action, the contrasts life-death, victory-defeat, old age-youth, ability-clumsiness, joy-pain... The Poet makes us participants of all of these with his ethical-aesthetic aim. Each hero has a certain aptitude; he exercises it before others who recognize the justice with which he exercises it and expresses it in praise. We could say, taking advantage of the Greek term, that in this book the ἀριστεῖαι of Diomedes, Epeus, Odysseus, Polypetes, Meriones and Agamemnon are presented and, why not, in their own way, that of Telamonian Ajax.

Second song due to its length, the 897 verses give enough time to confirm the high morality of the book, in which two parts are intertwined, both inspired by Patroclus' character: the honors to the squire and the nine funeral games in his honor. Hence, in the parade of heroes-bereaved and hero-athletes, among many others, the observance of duties toward the departed human being and the ideal of self-improvement, being *primus inter pares*, are meaningful teachings.

The current reader feels fulfilled –as much as the audience of ancient times– thanks to the artistic vocation of true teaching, thanks, in short, to the sapiential quality of the epic.

Our methodological itinerary consists, then, of the personal review and translation of the original primary source, selection of noteworthy παιδευτικοί examples and reflection of their scope in the present time.

Keywords: *Iliad*, book 23, Homeric *paideia*

Después de las luchas y de los avatares caballerescos de los cantos anteriores, he aquí una rapsodia retardatoria en la línea general del argumento, pero nutrida de tanta intensidad vital que resulta imprescindible para la comprensión total de *Ilíada*. Y como la función pedagógica de la épica, en su carácter sapiencial, se manifiesta en Ψ a cada instante, nos ha parecido oportuno encarar el análisis con un enfoque predominantemente ético. Homero educa y nos hace reflexionar sobre la muerte y la vida, y sobre la fidelidad que ambas nos exigen. Es un texto «con moral alta», muy ilustrativo de los valores conjugados en la ἀρετή, innata en el pensamiento heroico.

Las dos partes –los funerales a Patroclo y los juegos en su homenaje– conforman un todo. No se acaban de comprender los últimos sin la descripción

de las exequias. Y a su vez, el primer verso enlaza con el canto anterior, pasando de la angustia compartida de Andrómaca y de su cortejo femenino a la de Aquiles y sus tropas, en perspicaz analogía. ¿Acaso hay algún sentimiento más universal, en efecto, que el dolor?

La primera parte (vv. 1-256) respeta rigurosamente el ritual al que se hacen merecedores los muertos, consistente en cinco momentos: a) de 1 a 58, los honores, tributados en expresiones de llanto, palabras ante el difunto, hecatombe y banquete fúnebre; b) de 59 a 107, la aparición de la sombra de Patroclo y su petición de sepultura; c) de 108 a 178, la instalación del altar, el desfile solemne de las tropas prolíjamente ataviadas ante el cuerpo, la ofrenda de la cabellera y la inmolación de las víctimas –animales y troyanos–; d) de 179 a 225, la conmovedora despedida de Aquiles a su amigo y escudero y e) de 226 a 256, la erección de un túmulo que active la memoria en el porvenir.

Las variadas, numerosas y complementarias figuras de estilo (entre ellas, partículas oracionales, imágenes, paralelismos, hipérboles, repeticiones –como la epanalepsis–, contrastes, aliteraciones, metáforas, figuras etimológicas, adjetivación, comparaciones, enumeraciones, políptotos, metonimias, anáforas, paronomasia, aliteraciones) tienen por intención última volver inolvidables las exequias y ubicar, por consiguiente, a Patroclo en el corazón mismo del ἔπος. Provenientes de distintos planos (semántico, fónico, sintáctico, morfológico), estos recursos embellecen una ocasión sin igual, como es la del adiós definitivo, circunstancia que permite desplegar, además de los deberes para con los muertos fuera de la patria, el orgullo y la piedad familiar y amical, las riquezas, el poderío, el temor de enfrentar las anchas puertas del Hades... Aquiles lo llora como amigo (después de todo, ha regresado al combate por amistad, para vengarlo) y por el honor (γέρας, v. 9) que corresponde a los difuntos; sus compañeros fieles (ἐρίηρες ἔταιροι, v. 6) congregados (ἀολλέες, v. 12), incontables (μυρίοι, v. 29), añoran sobre todo al instigador de temor (μήστωρ φόβοι, v. 16). Recién en el v. 151 se lo llamará ἥρως.

Por su parte, el comportamiento de los encargados del funeral (κηδεμόνες, v. 163, vocablo que aparece solo en *Iliada*) es ejemplar. Laboriosos, en silencio o gimiendo, acompañan a Aquiles doliente. Tres veces las tropas han pasado revista alrededor del cadáver y Tetis (v. 14) ha incitado el llanto porque ella también, como madre e igualmente callada, asiste a su hijo para que la ceremonia –en la que Aquiles ha puesto tanto empeño– alcance su mejor

realización. El banquete es opíparo: bueyes, ovejas, cabras, cerdos; ningún héroe puede ser mezquino y menos tratándose de homenaje fúnebre a otro héroe, casi venerado.

Más herido espiritual que físicamente, el mirmidón no acepta que su lesión externa sea curada (v. 41). Su figura se agiganta cuando se enternece y esto sucede con la aparición de la sombra y su petición de sepultura (vv. 59-107), uno de los momentos más emotivos del canto. El Pélida, el «de ánimo de león», «el asolador de ciudades», llora abiertamente y se lamenta; intenta, sin éxito, abrazar a su amigo y sólo queda reconfortado ante la seguridad de una futura urna en común. En este sentido,

the ghost of Patroclus appears urging him to accomplish the burial. This is not a necessity for the workings of the plot since there is no doubt that Achilles will bury his friend. The function of the episode is rather to effect a separation between the two. When Patroclus has been buried, his shade will visit Achilles no more².

Me atrevo a añadir dos razones más: el hecho de que Patroclo mismo hable ahorra a Homero mucha explicación y el estilo directo le confiere intenso dramatismo a la escena. Versos más adelante, cuesta reconocer al hijo de Tetis en ese jefe furioso que inmola a sus enemigos. Este sacrificio representa la nota más discordante del poema –inhumana, en realidad–. Quien busque una «justificación» que amengüe el primitivismo del hecho debe, inevitablemente, esgrimir razones de tipo histórico o psicológico. Calla el poeta con pudor y evita, así, truculencias tan ajenas a su buen gusto: son actos ἀεικέα (v. 24), ultrajantes, indignos –término poético– y κακά (v. 493), maliciosos. Pero este mutismo vuelve aún más terrible el episodio: luego de la prolífica enumeración de animales degollados (ovejas, bueyes, caballos y perros, τραπεζῆς, v. 173), penoso remate es este de las víctimas troyanas, mencionadas últimas asimismo en v. 242. El sacrificio de los canes «compañeros de mesa» pone una nota altamente afectiva, de mayor intimidad y, en consecuencia, de menor tono bélico³. La pasión de Aquiles, irrefrenable –mezcla peligrosa de ira, impotencia, despecho, melancolía, saña, venganza– ha tensado la cuerda al

2 C. W. Macleod, 1995, pp. 28-29. La traducción que sigue es propia: «el fantasma de Patroclo aparece instándolo a realizar el entierro. Esto no es una necesidad para el desarrollo de la trama, ya que no hay duda de que Aquiles enterrará a su amigo. La función del episodio es más bien efectuar una separación entre ambos. Cuando Patroclo haya sido enterrado, su sombra ya no visitará a Aquiles».

3 Además, la posesión de una jauría bien seleccionada y bien adiestrada expresa la situación de privilegio y es señal de nobleza en el mundo homérico.

máximo y el efecto es una matanza salvaje. El exceso es el rasgo dominante que embarga la atmósfera, saturada de fuego y de desconsuelo.

Otro aspecto por destacar: Aquiles queda atónito ($\tauαχόν$) cuando la sombra se esfuma, chillona, en v. 101. Sólo dos veces en *Iliada* ha reaccionado así y en los dos casos ante visitas inesperadas de embajadores: en IX.193, cuando llegan a su tienda para persuadirlo de que vuelva al combate, y en XI.777, cuando Néstor y Odiseo han aparecido en palacio a reclutarlo para la guerra.

Ahora bien, era necesario un sufrimiento mayor para que Aquiles olvidara el dolor de la affrenta cometida por Agamemnon⁴ al arrebatarle a Briseida. La muerte de Patroclo ha causado que deje atrás su rencor hacia el rey de reyes y lo desplace hacia Héctor. Tres ejemplos, inteligentemente insertados, muestran su reconocimiento de que el caudillo micénico es el señor máximo: al comienzo, cuando le solicita que envíe a buscar leña (v. 49) y le pide que aparte al ejército de la pira y que sea preparada la cena (v. 155), y en 890 ss., cuando le concede el premio sin haber alcanzado a competir. Se trata del efecto de «recencia»⁵, según la denominación de la lingüística contemporánea.

Camino a la pira, enorme⁶ como atañe a la magnitud de su escudero ($\thetaεράπτων$, vv. 90, 113), el mirmidón recoge amorosamente la cabeza de su compañero predilecto. Este hecho resulta interesante: primero, porque toma el lugar que le hubiera correspondido al deudo más allegado, por lo general una mujer en épocas de paz y estando en su patria y hogar, y segundo, porque nos trae a la memoria que, si Héctor hubiera concretado su propósito de decapitar a Patroclo (XVII.125-127, XVIII.175-177), este canto no existiría⁷. En efecto, según las costumbres antiguas, un cuerpo mutilado no podía ser objeto de homenaje póstumo. El cortejo ha derramado el cabello sobre el cadáver; Aquiles, en obstinado realce, lo deposita sobre las manos del muerto, las mismas manos que trataron de darle un cariñoso apretón en v. 75. Llega

4 Optamos por la forma ‘Agamemnon’, en adhesión a la propuesta de Vicuña y Sanz de Almarza. ‘Agamenón’ es de procedencia francesa.

5 Efectos de «primacía» y de «recencia» remiten, en la investigación de los procesos cognoscitivos, al recuerdo privilegiado de la información primera y última, respectivamente. «Recencia», de la familia de «reciente», se refiere al modo en que opera la memoria por el cual se recuerda mejor la información presentada en último lugar.

6 Es tan inmensa que dos vientos, divinos, de soplo potente, conjuntamente ($\alphaμυδίς$) demoran toda una noche para apagarla (v. 217).

7 Tampoco se cumple la amenaza de v. 21 de arrojar a Héctor a los perros, repetida en 182-183; de ser así, no se hubiera podido concretar la devolución del cadáver en la última rapsodia.

incluso a arrastrarse (v. 225) como parte del ritual. El joven de Opunte ha recibido una consideración superlativa; el cuerpo de Héctor, por el contrario, parece destinado a más vejámenes⁸.

Entonces Afrodita⁹ y Apolo¹⁰ intervienen para recordarnos implícitamente que las desgracias nunca son eternas. La acción benefactora mancomunada de la diosa y del Flechador evidencia otro aspecto: entre sus muchas cualidades de narrador, sobresale en Homero su conocimiento de la vida. Esta tiene, aun en los momentos de mayor angustia, ciertas pausas, cierto respiro que mitiga las heridas, a veces demasiado fugaz y, sin embargo, decisivo, que permite recuperar el aliento. Los héroes están sufriendo demasiado. Bóreas y Céfiro, por el contrario, gozan de un festín. Si bien el contraste puede molestar la sensibilidad de algunos, sabido es que el ámbito de la divinidad es otro. No solo ellos festejan; Iris los urge porque la mensajera también desea trasladarse al país de los etíopes, región del eterno paraíso. Y esta pintura fugaz de las fuerzas divinas, bullangueras y amables, representa un remanso tranquilizador. Un segundo elemento colabora para mitigar la aflicción: amanece. Con la luz se disipan mucho más que las sombras físicas. El tercer principio sanador es el sueño: gracias a él, Aquiles se reencuentra con la sombra de Patroclo (v. 62 ss.) y toma nuevo empuje para poder, de inmediato, organizar y dirigir el segundo homenaje, el de los juegos (v. 232).

La erección del túmulo presenta una nota destacable de mesura, tan propia de la mentalidad helena. Los huesos yacerán juntos en tierras lejanas. No obstante, Aquiles solicita primero que no sea muy grande (v. 245), que tenga proporciones adecuadas (*ἐπιεικέα*, v. 246) y, acorde con esas condiciones, que se construya «ancho y alto» (v. 247). Completamos su deseo: no más de lo necesario para verse desde el mar. ¿Acaso significa la presencia de la ausencia, la permanencia de lo desaparecido? Asegura, por otro lado, el privilegio de la supervivencia en la memoria colectiva.

El aedo¹¹ ha insistido sobre el estrecho apego entre los amigos, desde variados y eficaces ángulos (por ejemplo, el diálogo entre ambos); corona este

8 También Andrómaca siente angustia ante la idea de que su hijo sea devorado por los perros, en v. 509 del canto anterior.

9 Resalta una imagen cromática y olfativa, el de «rosa», propia de la feminidad: Afrodita ha ungido con aceite de rosas; Aurora tiene dedos rosáceos.

10 Nube de infantes rinde homenaje a Patroclo (v. 133), nube de polvo salvaguarda el cadáver de Héctor (v. 188).

11 Así se califica precisamente Hesíodo a sí mismo y a Homero (fr. 357, Merkelbach-West).

sentimiento casi fraternal una bellísima comparación: la del padre que entierra al hijo soltero (vv. 222-223).

Pues bien, después de dar tiempo suficiente al Pélida para que prepare las ceremonias fúnebres de su entrañable ἔταρος y desahogue su dolor, los personajes que han ido demostrando su ἀριστεία, con mayor o menor evidencia a lo largo del ἔπος, se reúnen y se comportan ahora como atletas. Hemos alcanzado así la segunda parte (vv. 257-897).

Canto de varones, campea en ellos gallardía desde el primero al último de los versos. El escenario se ha transformado: de suelo mortuorio a campo deportivo. El clima es celebratorio, no de festejo. En ningún momento se olvida el motivo del encuentro: así, por ejemplo, en la primera carrera Aquiles menciona el origen y la destreza de sus propios caballos y, al nombrarlos, evoca el esmero con que Patroclo los cuidara. Inclusive los caballos sienten el corazón pesaroso por el infortunado auriga (vv. 283-284).

Las escenas se suceden, ágiles, y revelan toda clase de situaciones: las contingencias de los certámenes, el que triunfa, los que empatan, el que pierde, el juego que se suspende, los encuentros reñidos, el premio-homenaje, el galardón que se agrega... Cada incidente va delineando conductas: el apoyo de los pares, la protesta ante una supuesta injusticia, el respeto a los mayores, la burla ante una caída torpe y ridiculizada, los gestos de indulgencia y de arrepentimiento, el compromiso, la reverencia a los dioses, la confianza, la rectitud y la normativa, la resignación, la justicia, el agradecimiento, los merecimientos del arrojo y de la piedad. Orientadora de la vida, la poesía homérica acrisola experiencias de validez universal.

La acción en este espacio particular del circo, de la junta (*ἀγών*, v. 258), es rápida y completa el cuadro espiritual de los aqueos, para después serenarse definitivamente en el canto XXIV, el de la reconciliación entre dos grandes, opuestos en edad, en origen, en destino. Justo es reconocer, empero, que mucha de la cortesía y comprensión de Aquiles para con el viejo Príamo está anticipada ya en el XXIII.

Se dan cita los principales caudillos: Eumelo, Diomedes, Antíloco, Menelao, Meriones, Néstor, Epeo, Euríalo, Áyax Telamonio, Odiseo, Áyax de Oileo, Teucro y Agamemnon. Y como maestro de ceremonias, cortés y deseoso de proceder con rectitud, está Aquiles. Es un desfile sugerente: varían procedencias, edades, parentescos divinos y humanos, grados de poder, habilidades, tendencias, convicciones, preferencias... No obstante,

tienen un rasgo en común: son todos héroes, *ισόθεοι* (v. 569) o *ἀντίθεοι* (v. 360), y su relación con los dioses¹² les acarrea no pocas veces peligros (basta pensar en Eumelo y Diomedes en la primera competencia y en Ájax de Oileo en la cuarta).

En algún momento de los veintidós cantos previos, cada héroe ha tenido su principalía, su momento de gloria y de reconocimiento entre sus pares en combate. En estos versos, en cambio, cada uno mostrará una faceta distinta, enriquecedora y significativa: la de atleta. El deporte, en el que se integraban la religión, la música y la poesía, representa una sublimación de las normas y de las exigencias de la vida heroica¹³.

Enaltecidos el vigor, la armonía y el dominio del cuerpo en la práctica común y habitual de ejercicios atléticos, el deporte es también vía de acercamiento a los dioses, tan legítimo acceso como el templo y las ofrendas y hecatombes. En comparación con otros cantos (por ejemplo, el IV), hay poca intervención divina, puesto que los atletas miden sus fuerzas solos. Durante los ocho juegos, los personajes desplegarán los atributos que los distinguen como héroes. ¿Cuáles son estas cualidades? Entre otras, la fortaleza física, pero, sobre todo, la anímica; energética voluntad que permite optar bien ante las tensiones del instinto y de las tentaciones; capacidad de saber elegir rectamente, de luchar por ideales y de saber proceder. Las acciones de un héroe revelan siempre una prudente combinación de realismo e idealismo y una memoria persistente mediante la cual aprende tanto de sus aciertos como de sus errores. Pero una cualidad es destacable sobre todas: el ideal de superación, la gran enseñanza de esta segunda parte.

Los insultos con que se imprecان o execran son un óptimo referente para evaluar de qué aspectos negativos rehúyen estos hombres. En otros términos, son indicativos de posturas no heroicas: por ejemplo, olvidarse de los deberes (v. 69), ser imprudente (*νήπιος*, v. 88), comportarse con insensatez (*ἀφραδέως*, v. 426), ser charlatán (*λαθρεύαι*, vv. 474 y 478 y *λαθραγόην*, v. 479), arrebatar lo prometido (v. 544), mancillar la valía del otro (v. 571),

12 El héroe aspira a completarse al modo de la naturaleza de los dioses, aunque estos no sean perfectos. En ellos su perfección no radica en la ausencia de fallas, sino en su poder y su función en el cosmos.

13 Piénsese en la posterior importancia de la palestra y del gimnasio, instituciones públicas, a partir del VI, formadoras de una juventud fuerte y sana. Educación física al alcance de todos, magníficamente plasmada por la escultura griega.

engañosar (*ψεύδεσσι βιησάμενος*, v. 576), tener un pensamiento arrebatado y poco juicio (v. 590), apartarse del afecto de los pares y ser perjurio (v. 595), ser desvariado e inconsiderado (v. 603), insolente e implacable (v. 611). Retomemos el primero. Cinco veces está expresada esta preocupación en boca de los adalides: lo dice Aquiles (vv. 20, 96 y 180), Antíloco (v. 410) y, en son de amenaza, Epeo (v. 672).

El primer certamen es el único en el que el triunfo depende de la conjunción hombre-animal. Sin embargo, prevalece –no podía ser de otro modo– el ser humano: basta comportarse con ingenio, con sagacidad o maña (insistente referencia de la voz poética *μῆτις*¹⁴ –cinco veces en seis versos: 313 y en posición privilegiada inicial, en vv. 315, 316 y 318–, además de su verbo denominativo *μητίσασθαι* en 312) en cualquier esfera del quehacer, sea cochero, leñador, piloto, marino... Las ocho competiciones son pruebas de valor individual¹⁵. La entrega de los premios apunta a un aspecto preponderante en la mentalidad heroica: el buen crédito social de la victoria.

La carrera de carros ocupa 395 versos, más de la mitad de los 541 que corresponden a los juegos. Hay tiempo para que Menelao anime en voz alta a sus caballos, esgrimiendo que los de Antíloco son más viejos. Hay tiempo para que el Nelida manifieste su acertada decisión de no competir contra Diomedes, sobre quien reconoce la protección de Palas. Hay tiempo para la arenga del joven a sus corceles, reprochándoles la vergüenza de que una yegua los aventaje y asustándolos con una contundente amenaza de muerte. Hay tiempo para que Idomeneo reaccione, enojado, ante la iracundia de Áyax de Oileo. Hay tiempo, en fin, para discutir la distribución de los premios.

El comentario de Idomeneo (450 ss.) que adelanta a sus camaradas lo que ve desde el otero es de una hechura impecable: nerviosismo y ansiedad van en concordancia con el lenguaje empleado. Todo su razonamiento sintetiza las vicisitudes posibles de una carrera y crea suspense sobre el resultado. Cuando Áyax el Menor lo amonesta, receloso por el probable desenlace, el cretense contraataca: es rudo, hostil (*ἀπηνής*, v. 484)¹⁶, pendenciero (*νεῖκος*, v. 483) y malintencionado,

14 Recordar el epíteto de Zeus, *μητίετα*.

15 Sin embargo, a la variedad de técnicas enseñadas por los dioses (vv. 307-308) corresponde la pluralidad de modos, plenamente humana, para enfrentar los riesgos. Otra vez, una muestra puntual de la libertad con que los héroes pueden tomar decisiones.

16 Confirma el concepto peyorativo que el vocablo connota en el ideario heroico el hecho de que Menelao la retome en v. 611. Es la última palabra de su último discurso. Teme

avieso (ἄπαξ κακοφραδές, v. 483). Lo acusa también de no saber arrepentirse y de que sus palabras se mantengan duras. Pareciera que tal actitud –causa razonable de mal concepto– tiene su castigo en la posterior caída sobre el fimo, durante la carrera pedestre. Otra vez Aquiles, conciliador, atemperará la disputa.

En esa comunidad a orillas del mar¹⁷, hay lugar para jóvenes, adultos y longevos. Cada edad contrasta y se complementa con las otras. Dos ancianos cumplen tareas decisivas: uno, Néstor, aconseja y recuerda otros juegos; el segundo, Fénix, sirve de vigía, de testigo objetivo, porque la meta está apartada (vv. 359-361). La etopeya protráctica o de tipo práctico del primero abarca desde el 306 al 348. Esta digresión ejemplificadora contiene consejos sobre las precauciones que debe tomar en la carrera, que refleja cómo la habilidad en un área del saber era concebida como un don otorgado por los dioses (Antíloco ha tenido de maestros nada menos que a Zeus y a Posidón). Además, toda la advertencia tiene su justificación: era peligroso dar la vuelta porque los carros se juntaban en muy poco espacio. Por su parte, las advertencias de Néstor a su hijo son producto de años bien vividos y de un agudo sentido de la observación¹⁸; es sabio, locuaz y admirador de tiempos pasados, recto y prudente. Sabe de elocuencia. Los funerales a los que asistiera de joven suponen un antecedente de estos juegos¹⁹ y reflejan una fuerte predisposición a la nostalgia ante la juventud perdida, además de cierta tendencia a la exageración por parte de los ancianos (vv. 626-650). Según sus palabras, su participación en los certámenes epeos había sido descollante: vencedor en la lucha, en el pugilato, en la carrera pedestre y en la lanza, únicamente lo habían superado los Actóridas porque eran dos y tenían caballos más ágiles. Si bien, en tanto héroe, no puede engañar a sus camaradas, justo es reconocer que, en este torneo, nadie puede desmentirlo sobre su actuación anterior. Por otro lado, el comentario de Néstor es, desde el punto de vista literario, una delicada manera de equiparar en prestigio a Patroclo con un rey, Amarinceo (Ἀμαρυγκέα, v. 630).

El episodio casi cómico de Eumelo, que llega último, suaviza las aristas de la contienda. Aquiles intenta conferirle, apiadado, el premio, pero Antíloco

el hermano de Agamemnon merecer tal descalificación ante los aqueos, le preocupa ser malinterpretado por sus pares.

17 En todo el canto los héroes están a cielo abierto, en lugar compartido, público. Incluso Aquiles duerme al descampado.

18 Ver la descripción de la pista en v. 326 ss.

19 Ver una tercera referencia a juegos fúnebres, esta vez en honor de Edipo (v. 679 ss.).

le replica que menoscabará su honor negándole el galardón, que Eumelo debió implorar a los dioses y que el premio le pertenece²⁰. Su reacción es análoga a la de Aquiles cuando Agamemnon le quitó a Briseida, más atenuada porque el mirmidón no procederá como el ἄναξ ἀνδρῶν lo hiciera en el primer canto; incorpora, en cambio, una recompensa más, la coraza que fuera de Asteropeo –lo que permite a su vez una nueva digresión–, y la entrega a Eumelo, quien se ha mantenido en llamativo silencio. Tampoco se resuelve aquí la reyerta: Menelao insta al Nestórida a jurar por Posidón ἵππιος. Es decir, se vale ingeniosamente de la actitud de respeto para con los dioses que Antíloco ha manifestado al referirse a Eumelo y, ante esa exigencia, el joven se vuelve sensato (*πεπνυμένος*, v. 586)²¹. Muy elocuente su gesto de enfrentar a Menelao (*ἀντίον ηὗδα*, v. 586), sin esconder la vista y haciéndose públicamente responsable de sus actos. Su discurso es tan consumado que Menelao se contenta (vv. 597-598) con los argumentos éticos y emocionales expuestos por el joven. Así, este ha depuesto su imprudencia, de la que fuera acusado en v. 426 (*ἀφραδέως*, v. 320). En su último discurso en el poema, Menelao termina con una advertencia: Antíloco es joven y proclive a olvidarse de los buenos propósitos. Su conducta y su arenga completan positiva y perspicazmente la índole del esposo burlado: goza de buen carácter y actúa con amabilidad. Por su parte, cariñoso y lisonjero, el Nestórida recibe públicamente el aprecio de Aquiles en dos ocasiones durante el canto y persuade a Menelao gracias a sus palabras halagüeñas.

En la segunda competencia, que Epeo sobresalga lo demuestra la prontitud con que vence a su contrincante (689 ss.) y la forma en que se retira Euríalo. No quedan dudas de que lo ha superado ampliamente: con pocos y eficaces pasos pugilísticos, Euríalo sale tan maltrecho que va herido, inconsciente, arrastrado por sus compañeros, impedido de recibir su recompensa. No es casual el hecho de que Diomedes (691 ss.) lo haya ayudado personalmente, primero dándole ánimo verbalmente y luego pasándole el cinturón y las correas. Además de recordarnos de esta manera que Euríalo forma parte del contingente argivo y de refrescarnos, una vez más, la fidelidad que campea en el ánimo de los guerreros-atletas, nos señala que el mozo, pese a su rápida derrota, goza del respaldo de hombres de la talla del Tidida (el Catálogo de las

20 El tema de la justicia se desarrolla claramente en *Odisea*.

21 El esquema del verso *Tòv δ' αὐτ'* (αὐ) + nombre propio + *πεπνυμένος ἀντίον ηὗδα* aparece varias veces, por ej. en II.208, XV.48, XVI.90 y XXIV.375, todos ejemplos de *Odisea*. Así actúa un auténtico héroe: responder, juicioso, de frente.

naves, II.563 ss., presenta a los caudillos de Argos en este orden: Diomedes, Esténelo y Euríalo). Además, es justo que lo respalde por las habilidades innatas del contendiente y por la relación de parentesco que los une.

En relación con el tratamiento de los personajes, la técnica homérica es excelente. Obsérvese, como ejemplo, el caso de Meriones: es lento como auriga (v. 531) pero ha sido el responsable, por orden de Agamemnon, de dirigir acémilas y hombres en v. 113. Y en el último juego, si bien se concede el premio al rey de reyes, ha tenido la osadía de desafiarlo. En definitiva, Homero es justo a la hora de distribuir méritos. Por eso, hace decir a Epeo, a pesar de que su naturaleza no es descollante, una sentencia certera: οὐδὲ ἄρα πως ἦν / ἐν πάντεσσι ἔργοισι δαμόμονα φῶτα γενέσθαι, «tampoco es posible / que en todas las labores un varón sea experto» (vv. 670-671). Además, recordemos que Epeo es pobre guerrero pero excelente luchador. Nuevamente, la ley de las compensaciones. Asimismo, muestra que los héroes son humanos; si bien gozan de gran fuerza, esta no es ni sobrenatural ni sobredimensionada.

Respecto de las compensaciones, detengámonos en la figura de Áyax Telamonio. ¿Por qué Homero lo «obliga» a empatar dos veces y a ser vencido por Polipetes? La respuesta es más clara en el tercer juego que recuerda, salvando las distancias, el duelo entre David y Goliat. En realidad, en la lucha cuerpo a cuerpo Homero está premiando a Odiseo por sus tretas, por su habilidad para oponerse a un adversario mucho más fuerte (el mismo Aquiles detiene la pelea y declara el empate). El pancracio es seguramente el deporte heleno más violento. Combina lucha, boxeo, puntapié, torcedura de miembros, estrangulamiento, saltos sobre el contrincante caído. Quedan excluidos morder y apretar los ojos (aunque los espartanos también aceptan esto último). De ahí que esperábamos al Telamonio por su constitución física y resistencia más que a Odiseo²². Sin embargo, la lucha cuerpo a cuerpo ofrece oportunidades a todas las contexturas... y a todas las tretas (de ahí la aparición en el circo del héroe «fecundo en ardides»). Además, importa más la reflexión y el cálculo que la fuerza ciega (análogo a los consejos de Néstor a su hijo en el primer juego). En el combate con espadas –¿antecedente de la esgrima?– lo equipara a Diomedes, que salió puntero en la carrera de carros, pero los aqueos detienen el juego y

22 Áyax Telamonio y Odiseo protagonizaron el juicio de las armas que, o bien la audiencia de Homero lo conocía (hipótesis neoanalítica) o bien deriva de la lectura que poetas posteriores hicieron del episodio en que Odiseo lo vence pese a las expectativas naturales. El enojo de Áyax en la *Nekyia* de *Odisea* hace más plausible la primera opción.

optan por el empate. En los lanzamientos tampoco descuenta: en el sexto juego, el tiro de disco, el vencedor es Polipetes, un lapita, quien participa esa única vez, y en la última, el tiro de jabalina, Aquiles prefiere a Agamemnon. Vale aquí la sentencia proferida por Epeo. Áyax Telamonio, el defensor, corpulento y obstinado, dispuesto siempre a luchar, no es el primero en las competiciones. Pero es tan coherente con su terquedad que insiste cuatro veces...

¿Y Odiseo? Llama la atención que participe en dos juegos, sin descanso entre uno y otro. Ya nos referimos a la lucha. En la carrera pedestre gana. Ha aceptado el desafío junto con Áyax de Oileo y Antíloco. Él ha rogado a Atenea y su protectora hace que Áyax el Menor resbale y llegue segundo (como en la carrera de carros, Antíloco pone la nota amena: acepta con desenvoltura su puesto y su reacción predispone al Pelida a añadir otro premio). ¿Por qué le confiere el poeta el honor de llegar primero si el mismo Laertíada en la *Odisea* VIII.230-231 ha manifestado que no es bueno corriendo²³? Seguramente, porque Homero no simpatiza con el locrio y porque considera que la juventud, representada por Antíloco, tiene más tiempo por delante. Con respecto a Áyax, podría haber perdido el primer lugar, incluso resbalándose, sin el aditamento del estiércol. En las otras competiciones no hay maltrato parecido. Este héroe resulta odioso por su comportamiento para con dioses y hombres. Atenea también lo detesta²⁴.

Por otro lado, en todo el canto leemos patronímicos que reflejan el orgullo familiar de la sociedad noble, a la par que ajustan las relaciones de parentesco entre los héroes.

Cada elemento analizado en este artículo, de la mano del hexámetro que lo encauza rítmicamente, delata sin sorpresas la presencia del gran poeta que nos sigue invitando a dialogar con él.

Desde el punto de vista del contenido, insistimos en la vocación homérica de auténtico magisterio. El poeta censura los actos reprobables y elogia el mérito, valiéndose de circunstancias diversas –en este caso, funerales y juegos–, con notable claridad y sobriedad. Sabido es que los juicios de valor de la cultura helena están profundamente influidos por la moral y la estética: el rapsoda es su primer testimonio, con el poema épico occidental más antiguo y también el más largo, 15.693 versos.

23 «[T]an sólo en correr temería que un feacio / me venciese» (trad. José Manuel Pabón). Justo es reconocer que el protagonista de *Odisea* es distinto del de *Ilíada*. El contexto y las tradiciones históricas son diferentes.

24 Hom. *Od* IV, 502.

Este canto en particular y la *Ilíada* en su conjunto plantean temas de expansión²⁵. Al terminar la lectura, no nos imbuye la desesperanza ni el desánimo. Como en la vida misma, existen momentos dolorosos, pero jamás se denigra la naturaleza humana a niveles bestiales, ni siquiera cuando Aquiles llega al máximo de su padecimiento o cuando el cuerpo de Héctor es afrentado. A causa de la intervención divina, estos episodios se resuelven con justicia. El poema se convierte así en fuente de modelos e invita a la relectura. El lector actual se siente gratificado –tanto como el público de épocas remotas– porque comunica valores, de por sí inalterables, como el amor, la justicia, la verdad, la lealtad, la belleza, el decoro, la clemencia, la nobleza de corazón... No se trata de abstracciones ni de teorizaciones: laten encarnados en figuras humanas ejemplares, arquetípicas.

Instrumenta

AUTENRIETH, Georg, *Homeric Dictionary*, Robert Keep (trad.), London, Duckworth, 1991.

CHANTRAIN, Pierre, *Dictionnaire étymologique de la langue grecque: Histoire des mots*, París, Klincksieck, 1983-1984².

CRANE, Gregory (ed.), *Perseus Digital Library*, Massachusetts, Tufts University, <http://www.perseus.tufts.edu>, fecha de consulta: 15-6-2025.

LIDDELL, Henry George, Robert Scott y Henry Stuart Jones, *A Greek-English Lexicon*, Oxford, Clarendon Press, 1940, suplemento, Eric Arthur Barber (ed.), 1968, Peter G. W. Glare (rev.), 1995⁹.

VICUÑA, Justo y Luis Sanz de Almarza, *Diccionario de los nombres propios debidamente acentuados en español*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1998.

Bibliografía

ADKINS, Arthur William Hunt, «Homeric Values and Homeric Society», *Journal of Hellenic Studies*, vol. 91, November, 1971, pp. 1-14.

DIFABIO, Elbia Haydée, «La jerarquía de vínculos socioafectivos en *Ilíada* XXIII.1-256», *Synthesis*, n. 8, 2001, pp. 67-86, disponible en: <https://beta.acuedi.org/book/4862>

25 Adoptamos la denominación de Fernando Savater en *La infancia recuperada*, Madrid, Taurus, 1994⁸.

- EDWARDS, Mark William, «The Conventions of a Homeric Funeral», *Studies in Honor of T. B. L. Webster*, John H. Betts, John T. Hooker. & John R. Green (eds.), Bristol Classical Press, 1986, pp. 84-92.
- GIL FERNÁNDEZ, Luis, Francisco Rodríguez Adrados, Manuel Fernández Galiano y José Sánchez Lasso de la Vega, *Introducción a Homero* (II), Madrid, Editorial Labor, 1984.
- HOMER, *Iliad, Book XXIV*, Colin W. MacLeod (ed.), 5.^a reimp., New York, Cambridge University Press, 1995.
- , *Ilíada*, Emilio Crespo Güemes (trad. y notas), Madrid, Editorial Gredos, 1991.
- , *La Ilíada*, Daniel Ruiz Bueno (trad. y notas), Madrid, Hernando, 1956.
- , *Odisea*, José Manuel Pabón (trad., intr. y notas), 2.^a reimp., Madrid, Editorial Gredos, 1993.
- JAEGER, Werner, «Libro I, cap. I, II y III», *Paideia; los ideales de la cultura griega*, 7.^a reimp., México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1986², pp. 19-66.
- KIRK, Geoffrey Stephen, *Los poemas de Homero*, Eduardo J. Prieto (trad.), 1.^a reimp., Buenos Aires, Paidós, 1985.
- & Nicholas Richardson, *The Iliad: a Commentary. Volume 6: Books 21-24*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.
- LEIVA R., Matías, «Ética y sociedad. A. W. H. Adkins y los valores morales en Homero», *Byzantium Nea Hellas*, n. 37, 2018, pp. 161-174.
- NAGY, Gregory, *The best of the Achaeans: concepts of the hero in Archaic Greek poetry*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1999 [1979].
- MORRIS, Ian & Barry Powell (eds.), *A New Companion to Homer*, Leiden, Brill, 1997.
- RUIZ DE ELVIRA, Antonio, *Mitología clásica*, 3.^a reimp., Madrid, Gredos, 1995.
- VERDE, Carmen, «Los juegos funerales en honor de Patroclo (*Ilíada*, XXIII. 257 ss.)», *Synthesis*, vol. 18, 2011, pp. 13-43, disponible en: https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4965/pr.4965.pdf
- VERNANT, Jean-Pierre (ed.), *El hombre griego*, 1.^a reimp., Madrid, Alianza, 1995.